

midas por los tiranos modernos, conocidos con el nombre de tribunos; en los morales, en fin, debía revivir el culto de una religion divina, que es la única sancion de las acciones humanas; y que habia sido suprimida violentamente tambien por un fanatismo estúpido y ateo.

Mientras que Mr. Royer-Collard y Mr. Cousin acometian la empresa de la reformation de los estudios filosóficos, y Mr. Jouffroy la de la reformation de los estudios morales, Mr. Guizot se consagró á la reformation de los estudios históricos y políticos, á la restauracion de la historia y á la organizacion de un nuevo gobierno.

La aplicacion del método eclético al estudio de la historia sirve para explicar cumplidamente aquella alta imparcialidad que es fuerza reconocer en Mr. Guizot, cuando llama delante de sí unos despues de otros todos los hechos que contribuyen á restaurar la fisonomía de aquellas épocas históricas, olvidadas de todos los historiadores franceses del siglo XVIII. Mr. Guizot no suprime la Iglesia, ni el municipio, ni la ciudad, ni la aristocracia, ni la democracia, ni la monarquía. No suprime los restos de la civilizacion imperial, ni los gérmenes de la civilizacion que estaban como dormidos y ocultos en las entrañas de los pueblos bárbaros, ni la civilizacion pontifical, ni la oscura y perezosa organizacion del feudalismo, ni el magnífico desarrollo de las instituciones municipales y monárquicas: y no suprime nada de eso, porque la civilizacion actual es el resultado lógico, inevitable de la accion simultánea de todos esos gérmenes desarrollados, de todos esos elementos unidos, de todas esas civilizaciones incompletas y parciales.

De esta manera ha aplicado Mr. Guizot el eclecticismo á la historia: en la carta próxima, examinaré de qué manera le ha aplicado á los estudios políticos y á las materias de gobierno: y en otra que publicaré despues, y que será la última que consagraré á este asunto, procuraré descubrir lo que tiene de falso y de incompleto la filosofía eclética; y lo que Mr. Guizot, considerado como historiador y como político, tiene de incompleto y de falso.

Paris, 8 de octubre.

La primera restauracion de los Borbones no fué más que un vano simulacro que desapareció como una sombra, y se disipó como un sueño. Apenas saludó las riberas de la Francia el gigante que era el prisionero de la Europa, cuando la nacion, como fuera de sí misma, y olvidada de sus reyes, salió á recibir las águilas imperiales. Luis XVIII volvió á pisar el suelo extranjero, y Napoleon volvió á sentarse en el trono que habia levantado como monumento de su gloria.

La escuela eclética nada podia esperar de un hombre que al dogmatismo desdeñoso de su razon unia el inflexible de la espada. Napoleon gobernaba organizando; pero tambien gobernaba suprimiendo todos los entendimientos y todas las voluntades que no se consagraban al servicio de su persona. Si su poder hubiese sido igual á su deseo, para suprimir la idea de la legitimidad, hubiera suprimido todas las ideas; y para suprimir la revolucion y la monarquía, hubiera suprimido la historia. La Francia no debia tener más que una cabeza, un entendimiento, una voluntad, un brazo: y él se consideraba á sí mismo como el brazo, la voluntad, el entendimiento y la cabeza de la Francia. Todo lo que no iba á absorberse en ese panteismo imperial, debia ser suprimido: el mundo

no quiso dejarse absorber, y por eso armó guerra á todas las naciones; si su poder hubiera sido tan inmenso como su ambicion, hubiera conquistado ó hubiera suprimido el mundo. No contento en sus aspiraciones gigantescas, con ser una nacion, hubiera querido ser el género humano.

La filosofía revolucionaria enmudeció con la restauracion imperial, como habia enmudecido durante el imperio: la católica y la ecléctica emigraron con los Borbones. Mr. Guizot era el representante de la filosofía ecléctica, que para distinguirse de la católica, se llamaba liberal, y para distinguirse de la revolucionaria, se llamaba monárquica; y monárquica y liberal á un mismo tiempo, para caracterizarse á sí propia. Eran representantes de la filosofía católica los caudillos de la primera emigracion, los cuales aspiraban á restaurar la monarquía que habian conocido sus padres. Estas dos escuelas aspiraron á prevalecer en los consejos de Luis XVIII, el cual solicitado en diversos sentidos, se inclinaba unas veces á satisfacer á los absolutistas, y otras á contentar á los liberales. Mr. de Tayllerand se declaró por los últimos, é hizo inclinar á su favor el platillo de la balanza. Y no ciertamente porque el príncipe de Tayllerand fuese ecléctico: el príncipe no era ecléctico, ni católico, ni revolucionario, y era todas estas cosas sucesivamente: sino porque era el hombre de aquella situacion, como el de todas las situaciones: y en aquellos tiempos, la fuerza irresistible de las cosas hacia necesaria una avenencia entre los intereses nuevamente creados y los intereses seculares; entre las ideas que habian sobrevivido á la revolucion y las que habian servido de fundamento á la antigua monarquía; entre la revolucion y la historia.

Entre Mr. de Tayllerand y los demas hombres, apenas habia algunas ligeras semejanzas: mientras que no habia ninguno que no se consagrara al servicio de una idea filosófica ó de una forma de gobierno, él habia puesto á su servicio todos los gobiernos y todas las filosofías. Él habia recibido del Cielo un don inestimable, el de ver lo futuro en lo presente: ó lo que es lo mismo, el de ver lo presente mejor que los demas. Mr. Cousin ha proclamado la impersonalidad de la razon, y yo por mi parte estoy inclinado á aderir-

me á la opinion de este filósofo, si él por la suya está dispuesto á concederme que ese principio no puede aplicarse á la razon de Mr. de Tayllerand: tan lejos estaba de ser impersonal en él, que se transformó en su propia persona. El príncipe de Tayllerand no era, como los demas, un sér inteligente; era la inteligencia: no era un sér razonable; era la razon humana, personificada en un hombre. El príncipe no estaba sugeto al imperio de las pasiones: él ni amaba ni aborrecia; porque los hombres no eran otra cosa para él sino instrumentos ú obstáculos. No tenia temores ni esperanzas, porque ¿qué podia temer él, que veia los peligros y el modo de evitarlos? ¿ni qué podia esperar él, que todo lo tenia? ¿Esperaría por ventura enriquecerse? no: porque el dueño de todos los secretos de Estado, era el señor de todo el dinero del mundo: ¿le aquejaría la ambicion de hacerse un nombre glorioso? no: porque estaba en quieta y pacífica posesion de la gloria: ¿esperaría alcanzar el poder? no: porque conversaba de igual á igual con los príncipes de la tierra. En sus acciones no estaba sugeto con la rémora de la religion, porque no era religioso; ni con la de la moral, porque jamas buscaba lo justo sino lo conveniente: ni por la del patriotismo, porque no se asió jamás á las cosas percederas, y es percedera la gloria de las naciones; de él no puede decirse que era francés ni ciudadano del universo: menos distante de la verdad estaría el que afirmára que era una potencia pacífica y neutral, que tenia en su mano la balanza de las potencias beligerantes.

Aniquiladas, extinguidas en él hasta este punto las pasiones, su voluntad era libre, la más libre de la tierra, y esa voluntad estaba toda entera al servicio de su razon, ocupada exclusivamente en apreciar los acontecimientos humanos desde su eminente, serena, inaccesible altura: desde allí escuchaba el confuso rumor de las opiniones y de los acontecimientos; y mientras que los demas hombres solo se escuchaban á sí propios, él, puesto un sello á sus lábios, escuchaba lo que esos acontecimientos y esas opiniones le decian. Cuando la Convencion proclamaba, en medio de un silencio sepulcral, la eternidad de sus obras, Tayllerand escuchaba un confuso y sordo rumor que salia de las entrañas de la Francia y del mundo,

anunciando al que habia de venir para poner el pie en el cuello de la serpiente. Cuando Napoleon recorría triunfante la Europa, montado en su caballo de batalla y recibiendo como el dios de la guerra el incienso de las naciones, Tayllerand escuchaba ya los lamentos de la Francia en Waterlloo, y se preparaba para dar audiencia en su propia casa á los príncipes y á los reyes á quienes estaba reservada la victoria. Cuando Carlos X se lanzó en el camino que lo llevaba á su perdicion, él escuchaba ya el estruendo de la revolucion de julio: cuando todos la anunciaban una muerte prematura, él la anunció una larga vida; porque solo él escuchaba el himno de la paz que el mundo estaba entonando, cuando todos creian escuchar el himno de la guerra.

Bonaparte y Tayllerand se parecen uno y otro, en que fueron los hombres más grandes de su siglo; se diferencian entre sí, en que cada uno de ellos lo fué de diferente manera. Bonaparte queria absorber el mundo en su persona; Tayllerand no queria dejarse absorber ni por Bonaparte ni por el mundo. Bonaparte queria delinear un nuevo mapa de Europa en los campos de batalla; Tayllerand dibujaba ese mapa en los Congresos. Bonaparte no hubiera sido lo que fué sin la Francia; Tayllerand lo era todo por sí mismo. Bonaparte se engañó en Bailen, en Moscow y en Waterlloo; Tayllerand no se engañó nunca. Bonaparte atesoró grandezas, para concluir por la bancarrota; Tayllerand estuvo atesorándolas hasta la hora de su muerte. Tayllerand murió en París; Bonaparte en Santa Elena. Bonaparte reclamó y obtuvo la soberanía del génio, que Alejandro, César, Cromwel habian obtenido en las pasadas edades, y que otros han de obtener en las edades venideras. Tayllerand obtuvo sin reclamarla la soberanía de la razon, que ninguno habia obtenido hasta entonces, y que es difícil, sino imposible, que en adelante obtenga jamás ninguno. Las últimas palabras de Bonaparte fueron consagradas á Dios: el último discurso de Tayllerand fué un elogio de la teología. Uno y otro al espirar buscaron un refugio en la fé, confesaron la divinidad del Salvador de los hombres; y prosternados y contritos, presentaron al pie de su trono la rica ofrenda de las grandezas terrenales.

Volvamos á anudar el hilo de mi discurso. Dueña la escuela ecléctica del ánimo del monarca, y verificada la segunda restauracion despues de los Cien Dias, el eclecticismo dió á la Francia un gobierno que no tuvo necesidad de inventar, porque se le encontró establecido en Inglaterra. Esta especie de gobierno, al que se ha dado el nombre de representativo, era, á los ojos de los filósofos eclécticos, el *desideratum* de la Europa y del mundo, y la más perfecta y más grande de las instituciones humanas. En él, la monarquía, la aristocracia y la democracia se mueven sin encontrar resistencias, se desarrollan sin obstáculos, y se combinan sin absorberse. Para los eclécticos, la perfeccion en la Filosofia consiste en la coexistencia, de la materia del espíritu, del cuerpo y del alma, de las ideas y de las sensaciones: la perfeccion en la Historia consiste en la coexistencia de todos los hechos sociales: la perfeccion en el Gobierno consiste en la coexistencia del órden y de la libertad; de la conservacion y del progreso, de la democracia, de la aristocracia y de la monarquía.

Con estas máximas, que prevalecieron en la segunda restauracion, vinieron á público certámen todos los partidos y todas las opiniones. La escuela católica, la ecléctica y la revolucionaria pudieron proclamar sus dogmas libremente, en la prensa, en la cátedra y en la tribuna. La discusion habia destronado á la guerra. La aurora del dia de la tolerancia y de la libertad comenzaba á lucir en el horizonte del mundo.

Ni antes ni despues ha existido una época en la historia, más rica de libertad y de ciencia; de catedráticos, de oradores y de publicistas. Entre los primeros y los últimos, se distinguia M. Guizot, que era sin ningun género de duda el hombre que representaba más cumplidamente el eclecticismo político que habia llegado á prevalecer en el gobierno. M. Guizot era el hombre más libre de la Francia: á lo menos, era el que habia penetrado más adentro en el estudio de las instituciones liberales, el que con más ardor se habia consagrado á su servicio. Benjamin Constant, que es el único que puede compararsele, no tuvo aquella conciencia vasta de la libertad, comprensiva, profunda, que se advierte en los discursos y en los

libros de M. Guizot, que era el eclético por excelencia. Benjamin Constant se contenta con enseñarnos cuál es el mecanismo propio de los gobiernos constitucionales: M. Guizot hace más, porque nos descubre su naturaleza y su índole. Mientras que Benjamin Constant se ocupa exclusivamente en el estudio de las formas que distinguen á los gobiernos representativos de todos los demas, M. Guizot se ocupa en el estudio de los principios que le constituyen, y en las ideas que le sirven de fundamento; en fin, mientras que Benjamin Constant nos describe su *estructura*, M. Guizot nos cuenta su *historia*.

Mr. Guizot prestó constantemente el apoyo de su talento á la oposicion liberal, y combatió siempre en sus filas. Cerrada su cátedra por un gobierno que comenzaba á manifestarse receloso, le declaró en la prensa una guerra de muerte, pero sin traspasar nunca ni los límites de la legalidad, ni los de una discusion templada y decorosa. Sin embargo, andando el tiempo, el gobierno y el partido liberal vinieron á extremos tales, que iba haciéndose entre ellos imposible toda especie de acomodamiento ó avenencia. Siendo el gobierno vencido, lo era con él la prerogativa real; siendo vencida la oposicion, quedaba vencida tambien la prerogativa parlamentaria. Siendo este el estado de las cosas, no era difícil prever que estaba próximo el dia en que el parlamento y el trono habian de remitir sus pretensiones al trance de las batallas. La Cámara de los diputados rompió las hostilidades con la famosa contestacion de los 221 al discurso de la corona. La Cámara fué disuelta; el partido liberal ganó las elecciones. El Rey dió los famosos decretos, y amaneció en la Francia el dia de la revolucion, el dia de los tres dias.

¿Fué este dia fausto ó nefasto? ¿Estuvo la razon, el derecho, la justicia de parte de la Cámara, ó de parte del trono? El éxito dió la razon á los vencedores: falta ver á quién la darán la posteridad y la historia.

La revolucion de julio dió un paso atrás, despues de su victoria; y brindó con el cetro al príncipe mas emparentado con sus reyes, al príncipe que habia de poner fin á sus desmanes, al prin-

cipe que la Providencia tenia como en reserva, en su misericordia, para salvar de ese gran cataclismo á su nacion y á su familia, á los Borbones y á la Francia. Luis Felipe es la única obra gloriosa de la revolucion de los tres dias: todo lo que se ha hecho grande y glorioso despues, es obra de Luis Felipe: obra suya es la libertad y la prosperidad de la Francia; la tranquilidad de los soberanos de la Europa, y el reposo y la paz de las naciones.

Mr. Guizot contribuyó con todas sus fuerzas al triunfo de la revolucion sobre la monarquía, y con él contribuyeron á la misma obra todos los filósofos de su escuela. ¡Cosa singular! El eclecticismo, que habia prometido gobernar sin fanáticas supresiones, luego que alcanzó el imperio, comenzó por suprimir la dinastía, y por mutilar la aristocracia fanáticamente.

Entonces sucedió lo que debia suceder; que habiendo arrojado los ecléticos su máscara, se concluyó el eclecticismo, como filosofía y como escuela; quedando solo en pié la monarquía en el estado de protestantismo, y la revolucion en el estado de gobierno.